

Estudios Sociales
Vol. XXXVI, Número 127
Enero - Marzo 2002

FACETAS DE LA VIOLENCIA DOMINICANA

Los síntomas de una creciente violencia en República Dominicana preocupan cada vez más a más personas. No se conocen en nuestro país los grados de violencia que se han registrado en Colombia o en Perú en los últimos años, ni se puede comparar la falta de seguridad en Santo Domingo con lo que se vive todos los días en Ciudad México, Río de Janeiro o Caracas; pero se están registrando indicios de que podemos llegar a situaciones similares si no meditamos en lo que ya está sucediendo y orquestamos algunas correcciones en las que todos y todas debemos estar implicados según nuestras posibilidades.

Una de las grandes tentaciones en la que han caído muchos de los foros sobre la violencia dominicana es focalizar la discusión en los sectores empobrecidos, especialmente en los barrios marginados. De esta manera, refuerzan la representación social común de que los "delincuentes" se encuentran en las zonas más pobres y son los responsables principales de la inseguridad que estamos padeciendo. Esta representación asume dos cosas falsas. En primer lugar, presupone que la forma principal de violencia es la delincuencia común y callejera (robos residenciales, asaltos, asesinatos por riñas...). En segundo lugar, restringe indebidamente los escenarios de violencia a los sectores pobres. Además, tienden a olvidar que la violencia es reforzada por pro-

ESTUDIOS SOCIALES 127

cesos de exclusión social que se originan en las decisiones de sectores no pobres, como los modos de hacer riqueza en el mundo globalizado o el diseño de políticas públicas poco eficaces.

La violencia dominicana tiene muchas facetas que se interrelacionan y que trascienden las fronteras de la pobreza. Junto a la delincuencia común, hay una delincuencia más sofisticada y poderosa, articulada al narcotráfico; sus modos violentos de proceder no se limitan a los puntos de distribución de los barrios populares, y salpica prácticamente a todo el mundo con sus lavados de dinero. Hay una violencia producida por la frustración de no alcanzar los niveles de consumo que se consideran dignos de una vida buena; y aunque esta frustración se vive de manera diferente en los sectores de mayores y menores ingresos, está presente en todos los estados de la sociedad dominicana. Existe también una violencia ecológica, fruto del desorden demográfico y de explotaciones inescrupulosas de los recursos naturales. Esta violencia la padecemos todos y todas por igual y la padecerán aún más las futuras generaciones. Hay una violencia ambiental, ligada a una vida cotidiana cargada de ruidos, de falta de energía eléctrica y de basura; también es compartida por todos, aunque los pobres llevan la peor parte. Hay una violencia verbal, que caracteriza nuestra manera de comunicarnos y de ventilar nuestras ideas; nos acompaña desde que nos levantamos en la intimidad hasta el momento en que interactuamos en espacios públicos, independientemente de nuestra clase social. Se comete violencia contra los niños en el seno familiar, golpeados y vejados por prácticas educativas que dejan mucho que desear, y muchas veces abusados sexualmente. Hay violencia en contra de las mujeres, que se manifiesta en tratos laborales discriminatorios, en el abuso doméstico, en piropos de mal gusto, en manoteos indiscretos por las aceras, en miradas posesivas y hasta en asesinatos pasionales. Hay una violencia que nace del irrespeto a las instituciones conectada con la actitud de imponer la propia voluntad y los propios intereses. Hay una violencia nacionalista, que nos impone una identidad falseada para mantener el status actual y seguir aprovechando económicamente las relaciones

FACETAS DE LA VIOLENCIA DOMINICANA

conflictivas con Haití. En fin, hay una violencia política que profundiza las violencias anteriores; queremos dedicarle un párrafo aparte.

La violencia política resulta particularmente preocupante. Al parecer, se han normalizado las acciones arbitrarias, las consideraciones no ponderadas, las frases intolerantes, las respuestas ofensivas y las descalificaciones intempestivas del interlocutor. El espacio público dominicano está sometido a la ley del momento y del temperamento. Se lleva a cabo una reforma constitucional exclusivamente para mantener al Partido actual en el poder y continuar con su manera personalista de gobernar. Los asesinatos del Senador Darío Gómez y de otros personajes cercanos al Presidente son las manifestaciones extremas a las que se llegan cuando normas básicas de la convivencia política no son respetadas. Lo grave del caso es que no ha surgido una respuesta simbólica masiva por parte de la ciudadanía por la que se exprese la dignidad. Parece que hemos perdido nuestra capacidad de indignación. ¿No es éste el mejor caldo de cultivo para una espiral de violencia? ¿No estamos al borde de una anomía social?

Un primer terreno de trabajo contra la violencia está en las manos de casi todo el mundo: reducir la agresividad verbal y cultivar un espíritu abierto de escucha y diálogo constructivo. Muchos de nuestros comportamientos violentos nacen de la socialización que hemos tenido. ¿Por qué no educar en el día a día con formas que no se impongan por la fuerza? ¿Por qué no enseñar la dignidad que tienen valores como la solidaridad y el respeto? Mucho de este trabajo corresponde a espacios básicos de socialización como la familia y al escuela.

Un segundo trabajo de terreno está en las manos de los analistas sociales y los comunicadores. No se puede seguir alimentando el imaginario que iguala barrios, violencia y delincuencia. Los pobres urbanos quedan atrapados en una etiqueta que les roba su capacidad de acción y desresponsabiliza al resto de la

ESTUDIOS SOCIALES 127

sociedad. En ciertos medios se habla de que esta representación colectiva de los barrios llega a minar la autoestima de sus pobladores. Los barrios son mucho más que los escenarios de la violencia que se conocen en la vida nacional por los medios de comunicación. Hay que repetirlo: la violencia dominicana no se limita a los sectores empobrecidos.

Un tercer trabajo de terreno está en manos de las organizaciones civiles fuertes. En buena medida, a éstas parece corresponderle en este momento la tarea de recuperar la dignidad que parece haberse perdido en el ámbito público. El Partido Revolucionario Dominicana (PRD) ha sabido desmovilizar las organizaciones de base. También ha sabido neutralizar a los partidos de la oposición. Las organizaciones civiles fuertes pueden seguir orquestando campañas que eleven la dignidad ciudadana aprovechando coyunturas simbólicas. Por ejemplo, pueden seguir cuestionando la manera en que se ha ido realizando la reforma constitucional o la política de empréstitos o el nuevo plan de seguridad social. Pueden actuar en el campo de la educación formal e informal, para plantear nuevas formas de socialización de las futuras generaciones dominicanas. Ahora bien, deben tener un gran sentido de organización y de seguimiento de las actividades para que sus campañas no se vean deslucidas por la falta de seguidores. La población dominicana pasa en estos momentos por un período de apatía ciudadana que requiere de grandes esfuerzos para que vuelva a espabilarse.

En este número de *Estudios Sociales* queremos colaborar con esta tarea de prevenir una espiral de violencia. Dos artículos nos plantean el tema de la violencia en la juventud de sectores pobres. El primer artículo, de Fabio Abreu, estudia de forma exploratoria el problema delictivo en la juventud marginada de Santo Domingo. Considera esta juventud como un sujeto en riesgo, especialmente por los estereotipos sociales que se han creado en torno a ella. El segundo artículo, del mismo Fabio Abreu en colaboración con Bernardo Vanhecke, estudia la violencia en estudiantes de escuelas públicas de nivel medio en Santo Domin-

FACETAS DE LA VIOLENCIA DOMINICANA

go. Partiendo de la idea de que la labor docente está ligada a los ideales democráticos, constata la falta de una política educativa que resuelva de manera no represiva los pocos casos de violencia que se viven en estas aulas a las que asisten principalmente mujeres. Ambos estudios llegan a nuestra revista como una cortesía del Centro de Estudios Sociales P. Juan Montalvo, al que agradecemos sinceramente.

Publicamos además un texto de Jorge Cela comentando la Encuesta Demos 2001 sobre la cultura política dominicana. Los comentarios de Cela podrán ayudarnos a comprender mejor los dinamismos y los potenciales conflictivos de las prácticas políticas dominicanas. Estos dinamismos y potenciales son elementos que propician la violencia en la sociedad dominicana.

Por último, completamos el número con un análisis de la polémica segunda edición de la obra *El ocaso de la nación dominicana*, de Manuel Núñez. El comentario ha sido escrito por Néstor Rodríguez, un académico dominicano residente en Atlanta, Georgia. Quizá el estilo destructivo de este dominico-americano no podrá ayudarnos a liberarnos de los comentarios apasionados que se han producido en nuestro país alrededor de esta obra. Pero, ciertamente, como a Néstor Rodríguez, *El Ocaso* de Núñez nos preocupa porque refleja una mentalidad que encuentra paralelos en los mentores de los regímenes más violentos de nuestra historia nacional y porque tiende a comprender de manera sesgada los cambios que se han producido mundialmente en los últimos años; todo apunta a un repunte inequívoco del nacionalismo y ésa no es toda la verdad. Más aún, pensamos que una concepción estrecha de nación puede convertirse en fuente de uno de los sistemas políticos más violentos y característicos de la edad moderna: el totalitarismo. *Estudios Sociales*, junto con el Servicio Jesuita a Refugiados a quien Núñez ataca, quiere comprometerse a crear un sentido crítico de nación que evite el desprecio unilateral e irracional de determinados grupos humanos que forman parte de nuestro país, especialmente el de los inmigrantes haitianos. Una actitud semejante no parece cohe-

ESTUDIOS SOCIALES 127

rente con las intuiciones de justicia social que lentamente hemos construido como humanidad, después de conocer las mayores atrocidades que puede producir la violencia humana: una guerra sin fronteras para marcar nuevas fronteras entre la humanidad.